

O Premio Fernández Latorre, que enche tanto de orgullo a esta Casa desde hai máis de cincuenta anos, caracterizouse nas últimas edicións por dar honra a senlleiros nomes de Galicia, non unicamente no rico mundo do xornalismo, senón tamén no ámbito das humanidades, que é tanto como dicir no espazo do compromiso, a solidariedade e a entrega.

Este ano é para min unha satisfacción moi especial que o Xurado poña os seus ollos nunha institución que pronuncia como ningunha esas tres palabras. Compromiso. Solidariedade. Entrega.

O compromiso nace da vontade; a solidariedade implica acción; e a entrega, dedicación de cheo aos outros.

Moitos poden gabarse de ter incluído o primeiro concepto nas súas pautas de vida. Xa menos, tamén

o segundo. E só os mellores son quen de reunir os tres na súa conduta diaria.

Hoxe, querido arcebispo Julián, estamos aquí cos mellores. Convosco.

Lo que ha hecho Cáritas desde su fundación, hace 65 años, es dedicarse plenamente a los otros de una manera incondicional. Jamás distinguió quiénes eran, de dónde venían, que pensaban ni qué creían. Se puso siempre a disposición de los que necesitaban ayuda, y así sigue hoy, sin preguntar por qué otros –sean las múltiples organizaciones de la sociedad civil o sean las instituciones públicas– dimitían tantas veces de sus obligaciones.

Ahora, cuando el concepto Estado del Bienestar empieza a ser borrado del libro de la historia, y cuando cinco millones de parados nos contemplan,

Cáritas (Amor, pues eso es lo que significa) toma sobre sus hombros la responsabilidad y el trabajo de aliarse con los que nadie quiere: aquellos que han sido privados de la suerte de ganarse la vida. Bien merecen este homenaje todas las entidades que, desde una óptica u otra, se esfuerzan por reparar lo que las instituciones tantas veces destrozan, y por repartir pan y justicia entre los que de verdad lo merecen.

Mi reconocimiento a todos ellos.

Decía que el Estado del Bienestar está desapareciendo del libro de la historia. Se han empeñado en tal aberración incluso quienes se proclamaban sus adalides, y hoy ya sabemos que con la acción de unos y la omisión de otros, el mundo que llegó al más alto nivel de desarrollo y

compromiso social –esto que llamamos Europa– se declara en bancarrota.

Sus líderes tiran la toalla y decretan el empobrecimiento general, excepto el suyo.

Los políticos, tan dados a hablar del bien común, dicen a quienes debían defender que han vivido por encima de sus posibilidades, les insultan por haber aspirado a vivir dignamente, y permiten que los echen hasta de sus viviendas. No se van ellos, sin embargo, de sus palacios, de sus aviones, de sus lujos ni abandonan sus exagerados aires de grandeza.

No recortan lo que sobra, como son todas esas instituciones redundantes donde se reparten puestos,

prebendas y nóminas, pero sí suben los impuestos y asfixian la economía productiva para acumular fondos que les permitan continuar en su huida hacia delante.

Sí condenan a la ruina a los que se plantean cada día como una dura jornada de trabajo —sea en el campo, en el mar, en el comercio, en los servicios o en la industria—, pero no presentan una sola objeción a los que se dedican a la economía especulativa o a la competencia desleal, sostenidos artificialmente por subvenciones y favores inconfesables.

Hemos visto cuánto dinero se puede fabricar para salvar a entidades insolventes o para afrontar el pago de intereses de las finanzas públicas que rayan en la usura, pero nada que estimule la creatividad y el

esfuerzo de quienes sostienen con sus impuestos las cuentas del Estado.

He dicho y escrito en más de una ocasión que la crisis en que nos hallamos inmersos tiene responsables con nombres y apellidos. No sobrevino por una catástrofe natural, sino que fue provocada y alimentada por quienes tenían la obligación de evitarla. Ninguno de los responsables ha pagado sus errores, aunque sí comprobamos cómo endosaban la factura a todos los demás.

Como ciudadano y como editor he expuesto mi protesta por la utilización de la política como una plataforma para el disfrute y la manipulación en lugar de un instrumento para mejorar la cohesión social, pese a que ese es el verdadero objeto de la democracia.

He tenido que llegar a mostrar mi desagrado (que no es solo mío) por la falta de valentía de los líderes políticos y la pasividad de la sociedad civil. He indicado también que el camino acertado es el contrario a los despilfarros y la hipertrofia de la Administración. Y he reclamado con urgencia un cambio claro en el manejo de la crisis. En lugar de desactivar la economía real, ponerse a favor de la gente.

Estas ideas están ya hoy en el pensamiento de la mayor parte de la población. Pero no han llegado todavía a la médula de los dirigentes, tan significados en la aversión al cambio.

Hoy todavía nos anuncian sin reparo que el 2013 será un año de más penalidades. Penalidades para las

empresas, para los autónomos, para los trabajadores, para los jóvenes, para los mayores, para los desempleados.

Semejante reconocimiento de incapacidad no es admisible. Porque nadie, ni el presidente del Gobierno, ni las autoridades de Bruselas, ni la jefa del ejecutivo alemán tienen legitimidad para condenar a la sociedad a la pobreza y a la desesperanza.

Justamente en estos días Galicia inicia una nueva etapa. Las elecciones de octubre mostraron con toda claridad las tensiones que anidan y crecen en la sociedad. También nos hicieron ver la falta de ideas y el desplome moral de muchos interlocutores públicos. Y, sobre todo, la desafección y la desconfianza de una gran parte de los gallegos hacia

los políticos. Muchos ya no creen que se pueda esperar que llegue alguna solución desde los despachos o los escaños del Parlamento. Ojalá no tengan razón.

El mandato de los votantes ha sido claro. Han dicho quiénes tienen carta para aparecer en escena, quiénes deben reflexionar y reinventarse y quiénes tienen ante sí una segunda oportunidad para liderar el cambio.

Dentro de unas horas, la Cámara gallega nombrará presidente y comenzará la etapa decisiva. La etapa en que con menos recursos y más dificultades, más hay que hacer por recuperar una Galicia que está pidiendo a gritos más vida.

La misión no es fácil, ni se puede cumplir con las viejas recetas. Pero es ineludible. Esperamos de

corazón que el presidente de la Xunta, que hoy nos honra con su presencia, sume a su capacidad el ánimo y el apoyo que necesita para cruzar el Rubicón. Y consiga que mucho antes de que acabe la legislatura los números rojos de Galicia en tantos ámbitos sean ya únicamente un mal recuerdo.

Es hora de reclamarle un cambio. Y de reclamarlo a todos los que deciden en los asuntos públicos.

Un cambio en el rumbo, porque el esfuerzo a los remos ya lo ponen todos aquellos que no pueden olvidar jamás el empeño de dejar a la siguiente generación un mundo ligeramente mejor al que se encontraron.

Ese es el sueño de los que hoy son honrados en esta Casa. Es el sueño de la sociedad responsable. Y no es posible renunciar a él.

No renunciará, desde luego, La Voz de Galicia, porque, para hacer honor a su título, esta empresa de comunicación, con todos sus modelos, soportes y formatos, no sólo habla al largo millón de gallegos que la siguen cada día, sino que los escucha y da altavoz a sus preocupaciones.

Así lo ha hecho en los últimos 130 años, desde su primer editorial –tan pleno de actualidad pese al tiempo transcurrido– y así lo hará en el futuro.

Es el momento de los gallegos. Desde aquí ofrezco la colaboración de este periódico para acompañarlos en el camino hacia la superación de los problemas que hoy nos agobian.

La Voz lo desea y lo busca.

Lo exigen su compromiso con Galicia, su solidaridad con los gallegos y su entrega a la verdad y la independencia.

Me van a permitir que haga una pequeña morcilla, en el argot periodístico, para decirles que dentro de dos o tres meses se cumple el centenario de la muerte de mi abuelo, el fundador. Y conmigo desaparece el apellido Fernández-Latorre.

Quiero recordar que hace más de cincuenta años comencé a trabajar en esta Casa absoluta y totalmente solo. Yo solo.

En estos cincuenta años he ido haciéndome con un equipo sin el que hoy no podría estar diciéndoos lo que les digo, que han demostrado no solo que somos los mejores, sino quizá los mejores de todos los españoles que trabajamos en prensa.

Su valentía, su dedicación, su compromiso, su capacidad para aguantar insultos vergonzantes de

una serie de personajes a la labor de independencia que realizamos, tanto en el ámbito político, como en el periodístico, en el deportivo y el social.

Yo quiero dar las gracias especialmente a mi equipo y no voy a citar nombres porque no puedo ni debo, pero voy a hacer hincapié especialmente en la sección de Redacción, en la sección de Televisión y en la sección de Radio.

No excluyo a nadie, pero para mí es un orgullo haber podido contar, capitanear y coincidir con ellos en el esfuerzo diabólico que hemos hecho en las últimas semanas, creo que con una labor encomiable, envidiable y libre. Aquí quería decirles esto y a ustedes, muchas gracias por su presencia y felicitaciones al señor arzobispo.

Muchas gracias.

Sabón, 28 de noviembre de 2012